

Y dónde está la izquierda; allá por la derecha

Alfredo Acle Tomasini©

Déjeme empezar por hacerle una pregunta: ¿Usted considera que son de izquierda quienes defienden el libre mercado? Ya lo sé, me dirá que imposible. Pero permítame decirle que en la Asamblea Legislativa Francesa de 1791 donde por vez primera las corrientes políticas se agruparon en derecha e izquierda, aquéllos, los defensores del capitalismo más liberal, se encontraban sentados precisamente a la izquierda, mientras que en el extremo opuesto se hallaban los monárquicos moderados. Así queda claro que izquierda y derecha siempre han estado en su lugar, pero no siempre han significado la misma cosa.

Las ideologías políticas se transforman en la medida que cambian las circunstancias, por que ellas han sido un medio para explicar y modificar los diferentes escenarios económicos y sociales en los que la humanidad se ha venido desenvolviendo. Por tanto, asumirlas como marcos inflexibles es tan falso como suponer que la realidad es estática. De otra manera no podríamos entender porque en Siglo Dieciocho la burguesía francesa empezó colocándose en la izquierda.

Desde entonces, los términos derecha e izquierda son los polos de una arena política que acotan la lucha por el poder. Así, a lo largo de la historia, los políticos de cualquier país han procurado ubicarse donde mejor les convenga electoralmente y con el ánimo de situar a sus oponentes en el extremo opuesto, o, cuando tienen más de uno, para colocarse en un cómodo término medio.

En ese juego de conveniencias para obtener el favor del electorado, las acepciones políticas de lo que significa izquierda y derecha se han ido desdibujando a través de la historia, lo que hace difícil identificar con claridad un hilo conductor. Más aún, porque con frecuencia, las banderas de una corriente política se han convertido en acciones de gobierno de la corriente opositora, como ocurrió a fines del Siglo Diecinueve y después de la Segunda Guerra Mundial cuando gobiernos conservadores adoptaron medidas de corte socialista que habían sido argumentos de la Izquierda.

Más recientemente el peso inevitable de la globalización ha hecho al panorama ideológico todavía más confuso. Así vemos como gobiernos emergidos de partidos de izquierda han sido entusiastas promotores de la privatización de empresas paraestatales, o bien, como ocurre con Lula en Brasil, su quehacer político se acerca más al gusto de la comunidad financiera internacional que al ideario de su partido.

Destaca en ese sentido el caso de China donde, pese a tener un gobierno comunista, se está desarrollando una vigorosa economía de mercado, que en muy poco tiempo ha acentuado de manera dramática las diferencias económicas y sociales de su población.

México no escapa a estas tendencias. La concepción de izquierda y derecha también ha ido variando. Basta recordar que el PRI cuyos gobiernos durante decenios pusieron el acento en la participación del estado en la economía y en el cierre de fronteras, modificó su posición radicalmente a partir de los ochenta. Términos como revolución, nacionalización, empresa

pública, subsidio y redistribución han sido paulatinamente olvidados sino que se les ha colocado en la categoría de “malas palabras”.

Pero esta transformación también ha abarcado a la autodenominada izquierda, donde esas mismas palabras han dejado de aparecer en sus campañas políticas, mientras que sus posturas en el Congreso se diferencian de las de sus opositores, más por su matiz que por su contenido. Prueba de esta cercanía y falta de claridad ideológica es la movilidad que existe entre partidos, la que permite que los políticos, como si fueran jugadores de fútbol, también muden de camiseta si eso les asegura estar en el equipo titular.

El pragmatismo ha sustituido a la ideología. Ésta es solo una etiqueta para la mercadotecnia política. Basta ver al Gobierno del D. F. que diciéndose de izquierda, acusa a la derecha de instigar ataques en su contra, pero aun así, se asocia con miembros prominentes de ella. De igual manera, se asume el defensor de la mayorías, pero en lugar de invertir en el transporte masivo, prefiere hacerlo para beneficio de la minoría que posee un automóvil con la intención de penetrar un segmento del mercado político. Al fin que los clientes cautivos se contentan con las migajas del populismo y la comodidad de las peseras.

Al final el ciudadano se percibe como un rehén de los partidos. Y por eso la pregunta que nos debemos hacer, no es en dónde está la derecha o la izquierda, sino en todo esto, en dónde quedamos nosotros.